

ZOCOS, 27

BUENOS AIRES

© De los textos, Blas Matamoro

© Ilustración de cubierta, óleo de Benito Quinquela Martín

© Confluencias, 2022

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-125334-8-4

Depósito legal: AL 1999-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

BLAS MATAMORO

BUENOS AIRES


CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

I.	¿Tienen alma las ciudades?	9
II.	Cuatro fundaciones, tres puertos	15
III.	Una ciudad tras otra	35
IV.	Un cuerpo y dos almas	61
V.	Tango	75
VI.	Poetas de la ciudad	99
VII.	Narradores de la ciudad	109
VIII.	Funerales y soledades	125
IX.	Fútbol	137
X.	El Centro y el barrio	145
XI.	Un poco de psicoanálisis	161
XII.	La Reina del Plata	169

I

¿TIENEN ALMA LAS CIUDADES?

Este libro podría empezar por una definición que implicara una identidad: «Buenos Aires es Tal o Cual Cosa, etcétera». He evitado semejante tentación. La identidad es fija, pétrea, intemporal. Todo lo opuesto a la vida. Acaso asegure la eternidad, como en unos versos de Borges: «A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires / la juzgo tan eterna como el agua y el aire», pero lo eterno es lo que nunca muere porque tampoco jamás ha vivido. Más bien me inclino a pensar Buenos Aires como un devenir, no como un ser.

En vez de identidad, encaro ocuparme del alma de Buenos Aires. Sé que esta palabra es fácilmente poética y lo que es fácil en poesía redundante en cursi y nada conceptual. Más de un verdadero poeta podría decirme que uno de sus colegas acude al

alma cuando no sabe qué decir y juega a conmovedor. A la hora de conmover que conmigo no cuenten, sentencia el buen poeta. Esas son cosas de los lectores y las lectoras, tan libres como los aires buenos del caso.

Nacido y criado en dicha ciudad, trabajaré como porteño. En el tema del alma, un buen porteño recurre a Sigmund Freud. En efecto, a los de tal calidad se nos atribuyen al menos tres habilidades: jugar al fútbol, bailar tangos y psicoanalizar. Psicoanalizar, no psicoanalizarse. Hacerlo con los demás a título gratuito.

Don Segismundo utiliza con efecto titular la palabra *Seele*, que en alemán significa, precisamente, alma. Se la suele traducir por psique o psiquis, que es su versión mitológica. Quizá si se usara almología en vez de psicoanálisis resultaría poco seria la opción. «El alma de Buenos Aires» anuncia por su parte un folletín o un poemario de escaso buen gusto. Sin embargo, afinando la semántica junto al propio Freud podemos obtener un mejor resultado. Acaso sea la palabra más usada por el maestro y, no obstante, apenas definida al pasar y ello con una figura metafórica. Tener alma, estar animado, es poder respirar. Si dejamos de hacerlo, nos desanimamos, nos quedamos sin

alma, exánimes. Morimos si permanecemos así, desalmados, más de un rato.

Si queda de tal manera acotada la dichosa palabrita, entonces cabrá ofrecer a quien lee unas páginas sobre el alma de Buenos Aires, los modos en que la ciudad ha respirado en su historia y en su pasajera actualidad, que va siendo historia a su vez. Digo ciudad involucrando a su gente, esa esponjosa multitud respirante que a veces hincha sus pulmones con ufanía, en otras le cuesta respirar y hasta se ha sentido morir por falta de oxígeno en más de una fecha. Aspirando y soplando durante siglos, los porteños hemos ido diseñando un perfil. La ciudad es nuestra cara en clave gigantesca, la viva máscara por la cual se nos puede reconocer. Me esforzaré en ser su retratista.

Si se observa el mapa de América del Sur, puede verse que se resuelve con una forma cónica, llamada justamente el Cono Sur. En él se sitúan la Argentina y Chile, unidos y separados, a la vez, por la cordillera de los Andes. El Imperio español llegó hasta allí. Incluso ya en el siglo XVI, Gabriel de Castilla vislumbró, aunque no ocupó, la Antártida, un cuarto del Polo Sur cuya soberanía es una vindicación argentina. Esto significa, en rigor, en cuanto a ocupación efectiva, que el Imperio español finaba a pocos quilómetros al sur de la

actual ubicación de Buenos Aires. He aquí el más remoto rasgo de la cara porteña.

En un par de notables libros, Bernardo Canal Feijoo ha dejado el diseño de las sinergias que fueron constituyendo el país: *Teoría de la ciudad argentina* y *Confines de Occidente*. En la primera señala que la conquista española, siguiendo el rastro de la conquista incaica, entró por el ángulo noroccidental, es decir por la Quebrada de Humahuaca y los valles calchaquíes, llegando hasta la actual Tucumán. Los incas la llamaron Tucma, que significa Tierra del Sur. Por aquellas tierras se fundó la más antigua ciudad de la futura república cisplatense: Santiago del Estero. La otra sinergia de la conquista se dio a partir del Atlántico, entrando por el Río de la Plata hasta el encuentro de los Ríos Paraná y Uruguay, el Paraguay de hoy. De allí, desde la paraguaya Asunción, se dispersaron fundaciones hacia el Sur, alguna de ellas atinente a Buenos Aires. Todas buscaban el fabuloso Dorado. No lo hallaron pero sí las minas de plata del Alto Perú, la actual Bolivia. Los portugueses del Brasil llamaron a esta región, por antonomasia, Argentina, es decir, tierra de la plata. A tal lusitanismo debemos los argentinos el llamarnos como nos llamamos.

Las dos sinergias son diversas y no confluyentes. La norteña dependió del Perú y alcanzó hasta

Córdoba, el centro geométrico de la conquista. Es la reliquia monumental de la conquista, con catedral, universidad, hacienda jesuítica y frontera entre la Argentina llana y la serranía preandina. A sus pies empiezan las famosas pampas, a las cuales fue a dar Buenos Aires.

Este país derivado del dominio peruano es lo arcaico, lo fundacional y lo austriaco del país criollo. Es obra de la dinastía española de los Austrias menores, la herencia peninsular y católica, el barroco, la primera música compuesta por allí y debida al jesuita italiano Domenico Zipoli, y el primer texto literario nacional, el poema narrativo *El peregrino en Babilonia* de Luis de Tejada.

Buenos Aires no pertenece a esta sinergia, diría que ni siquiera hasta la actualidad. Veremos luego cómo se instala la ciudad, pero desde ahora le doy un sesgo borbónico, dieciochesco, atlantista y vagamente ilustrado. No apunta hacia la tierra sino hacia el agua. Tampoco hacia España sino a Europa, si se acepta la dualidad. No tiene que ver con la tierra del contorno sino con la lejanía. No lo pueblan los lugareños sino los forasteros. Pero, sobre todo, porque no se arraiga, sino que confina.

Confinar es llegar al límite entre lo reconocible y lo desconocido. Cuando exista Buenos Aires, allí confinará Occidente porque lo que está en ese espacio desocupado que se mira sin atraer, ya no es Occidente. Es lo otro. Puede fascinar. No atrae. Los poetas del romanticismo argentino, los que decidieron tener una literatura nacional, lo denominaron el desierto. No porque fuera una tierra desértica, estéril, incultivable. Todo lo contrario. La historia lo demostraría. Desértico significaba despoblado, si acaso con gentes que no eran como nosotros: los otros. Alejarse de Buenos Aires hacia lo austral era como tocar la China, Catay, Japón, Cipango, las Indias.

Hay algo más en esta sinergia porteña y borbónica. Es que Buenos Aires será el único puerto del imperio en el Atlántico Sur, la fachada atlántica del dominio imperial. Los demás corresponden al Brasil, es decir a Portugal. Y si bien donde ha de estar Montevideo hay un puerto natural, que nunca será Buenos Aires, la cercanía portuguesa lo hará más accesible a una invasión, mucho menos defendible. Es decir, que si a las desembocaduras de los dos grandes ríos sureños, el Paraná y el Uruguay, se sitúa un puerto, será necesariamente único. He aquí otro rasgo fundante de nuestra ciudad. Confinante, única, portuaria, austral.

II
CUATRO FUNDACIONES,
TRES PUERTOS

Como futuro puerto único de ese espacio geopolítico que alguna vez sería la Argentina, debía contar con una ciudad. El lugar y el nombre resultaron fruto de casualidades. En 1536, una expedición al mando del andaluz Pedro de Mendoza se internó en busca del Dorado por una suerte de inmensa palangana con sesenta kilómetros de ancho que, por su apariencia, se llamaba Mar Dulce y que, por el destino legendario que prometía, acabó siendo el Río de la Plata. No era río sino estuario. Tampoco era mar, porque era dulce. Una metáfora. Sus inmóviles aguas barrosas estaban sosegadas por la doble presión del océano y las desembocaduras de dos potentes cursos que venían del corazón sudamericano, el Paraná y el Uruguay.

Desorientado, don Pedro desembarcó en su orilla izquierda conforme miraba hacia el noreste. Edificó un fortín de palo a pique (empalizada) y lo llamó Santa María del Buen Aires. En su vela mayor lucía una imagen de esta Virgen, cuya cofradía era sevillana y cuyo santuario está en Cagliari, en la isla de Cerdeña. Buen augurio para una ciudad en que esta mixtura de pueblos sería definitiva. Su gente contaba con un personaje novelesco, Rodrigo de Cepeda, hermano de Teresa de Jesús. De niños habían intentado fugarse para cristianizar un país de moros.

A pesar del nombramiento y el escaso buen éxito de la empresa, hubo bautizo de un lugar que el pueblo decidió pluralizar. Un aire solo no bastaba y se empezó a llamar Buenos Aires. La conseja dice que uno de sus capitanes exclamó, respirando hondo: «¡Qué Buenos Aires los de esta tierra!». Cualquiera que conozca el clima de la ciudad opinará que la anécdota es apócrifa.

El pobre asentamiento languideció y duró apenas. Los indios querandíes, nómadas lugareños, lo asediaron y fueron empobreciéndolo de hambre y sed. Se sacrificaron caballos, hubo canibalismo y ahorcamientos de caníbales. Un barco de Asunción rescató a los sobrevivientes, y los restos, cenicientos, se los llevaron los buenos aires.

En 1580 las cosas alcanzaron formalidad. Juan de Garay, burgalés de familia vizcaína, insistió en el sitio, cuya localización por Mendoza discuten todavía los historiadores. Hizo una fundación reglamentaria: Ciudad de la Trinidad –los porteños seríamos, según esto, trinitarios– y puerto de Santa María del Buen Aire. No hubo puerto, estrictamente, hasta 300 años más tarde. El nombre popular se impuso. Hubo Plaza Mayor, la actual Plaza de Mayo, ayuntamiento, traza regular, adjudicación de parcelas, guarnición e iglesia. El paisaje no resultó alentador, aunque afincarse en él significaba controlar la llanura, mero horizonte. Garay navegó hacia el Sur y se dice que llegó hasta la actual Mar del Plata, llamándola Costa Galana.

No había oro ni plata, no había bosque, no había construcciones indígenas, apenas había herbazales agrestes y bichejos incomedibles, salvo algún descuidado avestruz con sus huevos gigantescos y su cría de charabones. El terreno era fangoso y abundante en arroyuelos y zanjones que desagaban en el río y en la esquina con un riachuelo que se fue denominando De los Navíos, a la espera de tiempos mejores. Aquellos cursos crecían con las lluvias y conducían las basuras. Esto no era México ni Perú, pero era, fatalmente, el confín austral del Imperio español. Un fantasma

de grandeza empezó a flotar sobre el esfuerzo de los confinados. Igualmente, una tensión laboriosa para afincarse en un lugar inhóspito. La ciudad, la ínfima ciudad, sería obra del empecinamiento trabajoso de los porteños.

Hubo una tercera fundación en 1804. Desde 1776, cuando Carlos III estableció el Virreinato del Río de la Plata, la ciudad había cobrado cierto perfil de tal y ya comandaba la sinergia fluvial en América del Sur. Un tal Juan Diego Flores, en la primera de aquellas fechas, fundó el Curato de Flores, nombre más que propio porque era el propietario de una enorme media luna de tierras que rodeaban la ciudad de un extremo del río al otro. Las tres cuartas partes del actual Distrito Federal se adhirieron de golpe al conjunto original. Buenos Aires ensayaba entonces a tener suburbios y arrabales. Era ya la Gran Aldea, como se indica en la novela homónima de Lucio Vicente López.

En 1880 esta anchura cambió de carácter jurídico al federalizarse. Pasó de ser la capital del Estado bonaerense a ser la capital de todo el país. Estaba en condiciones de tener puerto de verdad y ser el París de las pampas. No es la menor paradoja de la historia porteña: ser el gran puerto del sistema y llegar tan tarde a construir una estructura portuaria propiamente tal.

En efecto, el tráfico fluvial se realizó largamente en una ciudad que llegaba al agua en las inmediatas traseras del fuerte español, donde hoy se encuentra la Casa Rosada. Se bajaba por una empinada barranca llamada del Socorro, tal vez en homenaje a la Virgen del mismo nombre o, más seguramente, porque por allí se podía huir remando sobre un bote en caso de peligro. Los barcos debían atracar en la rada por la escasa profundidad de las aguas. Viajeros y mercancías llegaban a tierra en pequeñas embarcaciones o en carros hasta un embarcadero, y a él se reducía toda la estructura. El empréstito que la banca londinense Baring Brothers, destinado a construirla, se gastó en la guerra contra el Brasil en los años de 1820 y la deuda sólo se canceló a comienzos del siglo XX. A mediados del Ochocientos, a propósito de la construcción de la Aduana Vieja llamada de Taylor por su ingeniero, al panzudo edificio se le añadió un espigón que alcanzaba a los barcos, facilitando su llegada y su partida.

Fue en la década áurea de 1880 cuando se rellenaron los terrenos indispensables para la obra, que alejó la ciudad de su río. Se elevó el denominado Puerto Madero por su proyectista. A la vez, en el encuentro con el Riachuelo se hizo un hermano menor, el Puerto Huergo. A mediados

de los años 1930 se sumó una tercera construcción, el Puerto Nuevo. La Megápolis ya tenía sus cuatro fundaciones y sus tres puertos. Faltaban dos ejemplos campeones: Rivadavia, la calle más larga del mundo, y Nueve de Julio, la avenida más ancha del mundo. Con su cruce, quedó diseñada la urbe cuadrada de los romanos, tendida sobre los cuatro puntos cardinales. Buenos Aires, simbólicamente, tiene los suyos y autonómicos. Uno: el mestizaje, la mezcla imprevista de numerosos pueblos. Dos: la resaca cultural orillera, lo que dejan las mareas al retirarse de la costa. Tres: el pastiche, los retoques creativos de lo criollo al importar los modelos ultramarinos. Cuatro: la melancolía, contemplación de lo lejano de espaldas al *Hinterland*. La melancolía: sentimiento de pérdida de algo querido, padre de la nostalgia. Además: lo perdido como original, lo paradisíaco que sólo existe como extravío.

Con lo anterior se vincula el crecimiento constante y desequilibrado de la capital —la cabeza— respecto al resto del país, es decir, algo entendido como eso, como un resto. Al acabar la colonia, en 1810, Buenos Aires sumaba 20 000 habitantes. En 1871, cuando la ocupación de la Patagonia, llegaba a los 40 000. En 1910, celebrados los fastos del centenario de la revolución, alcanzaba 1 300 000.

Esto significaba la quinta parte de la población del país. Es decir, que, en un siglo, la ciudad había aglutinado más de veinte veces el número de sus pobladores. Tenía tanta gente como el conjunto nacional en 1853. Se ponía difícil imaginar que fuera el mismo país. En especial porque, siendo la Argentina una economía con apenas industrias, sin embargo, alcanzó en la primera década del siglo una mayoría de población urbana, algo que en Europa era casi desconocido. La mayor parte de los argentinos habitaba en ciudades, en especial en la capital: prestadores de servicios, empleados públicos, estudiantes y una larga lista de marginales que, en cierta medida, también dieron rasgos al rostro porteño.

Desde esta última fecha se cuenta el fenómeno impresionante de la inmigración. Arribaron en ciertos años casi medio millón de extranjeros, de los cuales la mitad se radicaba y la otra media retornaba a sus países de origen o buscaba mejores acomodos americanos. En todo caso, la Argentina se fue convirtiendo en un creciente país en notoria medida extraño a su historia, pues buena parte de sus habitantes no la compartía y cargaba con historias lejanas y perdidas. Doy un solo dato, pintoresco si se quiere, relativo a la capital. En 1914, cuando el flujo migratorio se interrumpe

por la guerra europea, la mayor parte de los porteños no son nacidos en la ciudad. Entre unos y otros ya suman un millón y medio de almas. Su origen es sobre todo europeo, lo que significa una Babel de idiomas, un conjunto de religiones, de historias locales diversas y un solo horizonte quimérico: vivir en un lugar desconocido, poblado de leyendas propiciatorias de una fácil riqueza. En esa urbe funcionaban seis teatros líricos: cuatro de ópera (Colón, Ópera, Coliseum y Politeama), uno de zarzuela española (Avenida) y uno de opereta italiana (Marconi). Hoy, con la misma población, Múnich, con todas sus tradiciones musicales en un país musical como Baviera y en una confederación musical como Alemania, tiene sólo tres.

El escenario se mantiene hasta nuestros días. Buenos Aires es el centro del llamado Eje Metropolitano, una extensión urbana que va desde el Tigre (la desembocadura fluvial ya aludida) hasta La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, aproximadamente unos 120 quilómetros. Todo este inmenso corredor urbano bordea el estuario y equivale, con sus 15 millones de habitantes—capital, conurbano y ciudades adheridas— a un tercio de los argentinos. En su libro *La cabeza de Goliat*, Ezequiel Martínez Estrada retrata el país como un David de cráneo gigantesco, una suerte

de monstruo barroco que, no obstante, ha pasado por toda su historia moderna, representándolo.

En el lenguaje corriente, se divide el conjunto entre la capital y el interior. Es una división capitalina, desde luego. Todo lo que no es capital, es interior, sin matices ni distinciones. Recuerda la frase de Ortega y Gasset en su texto sobre la estructura de España: «Fuera de Madrid, todo es provincia». Pero hay algo más. Para el folclore porteño, ser provinciano es ser argentino de segunda, ser provincial. O, con peor connotación, *payuca*, cuyo equivalente español sería *paleta*. La palabra tiene un curioso y si se quiere lógico parecido con *pachuco*, la designación del mexicano en el sur de los Estados Unidos. Un extranjero de procedencia cercana pero no por ello menos extraño. Hay hasta matizaciones raciales: *cabecita negra*, suponiendo que todos los provincianos son de piel morena, que no son blancos como los criollos de origen europeo.

La misma palabra interior sitúa a Buenos Aires, si se la mira desde esa presunta interioridad, en lo exterior. No es el país, es algo colgado fuera de él, como una insignia en una fachada, algo carente de interioridad, forma sin contenido. Ahí queda eso.